

Píldoras de feminismo pop

Pastillas y cheesecake de limón

ANA MARÍA CARDONA

Espasa, Bogotá, 2019, 141 pp.

EN ESTA obra, que su autora enmarca en la autoficción, nos encontramos ante una joven que le apuesta a una voz contundente para hablarnos, a través de un relato de tono confesional, sobre la manera en que el despertar sexual y el desorden mental se convierten en los hilos conductores de su vida. A medida que el relato avanza cronológicamente, ambos factores se transforman en sendos monstruos que se apoderan del control hasta el punto de hacer su existencia insoportable. El telón de fondo es Manizales, que la autora no duda en denunciar como una ciudad chupacirios e hipócrita que intenta sofocar todo lo que se salga de la norma (como ocurre en cualquier ciudad de tradición ultracatólica), y que retrata con precisión y puntualidad. Se trata del primer libro de Ana María Cardona, graduada en humanidades y más conocida en redes sociales como la Rubia Inmoral. En *Pastillas y cheesecake de limón* encontramos, desde la primera página, una apuesta estética audaz que incluye fotografías familiares y personales de la autora, así como varios juegos con el tamaño de la caja tipográfica y el orden del texto, y que –a pesar de un par de deslices ortográficos– da como resultado un objeto que va más allá del formato tradicional de una edición rústica.

“Desordenamiento” podría ser una buena palabra para resumir el ritmo narrativo de esta historia. Es como escuchar a los Sex Pistols y de repente a Mozart, o viceversa. Eso puede ser un halago o un insulto, depende de cómo se mire, y de hecho es coherente con la propuesta estética de Cardona. Por momentos es un acierto de la narradora, que intenta satisfacer las exigencias impuestas por su ciudad, la familia, las monjas de la escuela y los hombres, para luego explotar de frustración. En otras ocasiones el desbordamiento resulta innecesario y estropea la conexión con la lectura. Y es que para dominar la anarquía y aventurarse a escribir en las fronteras de la dicoto-

mía caos/orden es necesario contar con cierta pericia en la administración de los recursos narrativos, un aspecto en el cual esta novel autora aún debe esforzarse para siquiera rozar la calidad literaria que eleva las obras por encima del plano anecdótico.

Por lo anterior, en este libro somos testigos de momentos brillantes y de otros que no lo son tanto. Hay imágenes bellas y bien construidas, como la que logra en la página 110 cuando afirma que la protagonista “vivía hacia adentro”, para explicar el proceso de depresión que afronta al regresar a su ciudad natal luego de un tiempo en el exterior. En estas logra con una sola frase transmitir una emoción y ambientar un momento de su vida con contundencia. Luego hay párrafos que bien podrían ser recortados sin pérdida alguna, como este:

Quando intento recordar cosas del pasado, los espacios me parecen más grandes. Como la vez que vi porno con mi amiga y parecía que todo nos estuviera tragando. O como cuando íbamos a la finca de mi abuela, donde hacía un calor terrible que a las cinco de la tarde me provocaba desmayos. [...] Cuando regresé a esa finca, todo era más pequeño, más mediocre. (p. 79)

Entonces, continúa con una explicación innecesaria que me roba de un zarpazo la imagen anterior: “Es una forma menos simple, más bonita, de decir que lo que nos pasa en la vida tiene menos importancia con el paso del tiempo”. Esta tendencia a explicar las metáforas y pasar de una narración con cierta densidad a una descripción frenética y explicativa, llena de adjetivos, opaca las construcciones de mayor potencia.

Así mismo, la selección de adjetivos como rojo puta, color mierda, entre otros, aunque se ajusta al tono del relato y a lo que la autora quiere decir respecto de los sustantivos en cuestión, podría ser más variada; el color carne podrida –que no sé si clasificar en la gama del marrón, el gris o el verde, por cierto– aparece en tres ocasiones a lo largo del texto y pierde la fuerza y originalidad de la primera vez que apareció en la página 19. Y el problema aquí, aclaro, no es la repetición en sí misma, sino que esto

delata una falta de “carpintería” en el texto, siempre necesaria. Para concluir con los desaciertos, el epílogo, en el que Cardona nos ofrece una digresión sobre las posibles razones por las que escribió este libro, no solo sobra sino que arruina el sentido mismo de lo ficcional, al entrar, nuevamente, en explicaciones innecesarias sobre su vida en relación con el relato, lo cual no es lo más acertado, pues la razón de ser de una escritora y de su obra no tendría que ser precisamente explicada por ella misma, se trate o no de autoficción. La sensación que me deja leer estas últimas tres páginas es la misma que experimento al ver ese programa en el que un mago reconocido mundialmente explica con todo detalle los trucos con los que antes ha maravillado a su público.

Para finalizar, hay un detalle de corte político que resulta preocupante en este libro, pues estamos frente a una autora que no duda en nombrarse feminista, y que incluso escribió un “Diccionario feminista para dummies” en un reconocido sitio de internet. Cardona jamás cuestiona ni problematiza en su obra. Por ejemplo, hay un personaje al que denomina “la señora que se encargaba de la casa”. La Rubia Inmoral (una joven de clase alta caldense, no lo perdamos de vista) nunca cruza palabra con ella –podría decirse que es un personaje accesorio, un mueble más de la casa, sin voz– ni le importa su vida ni sus condiciones laborales, ni cuestiona, como sí lo hace con otra serie de estereotipos de género a lo largo de su libro, la razón de ser de una empleada doméstica en el contexto social, político y económico en el que sitúa a la protagonista y su familia, lo cual habría sido un aporte interesante para darle mayor profundidad al relato. En la literatura colombiana, como en muchos otros ámbitos, las mujeres nos abrimos cada vez más espacios con mucha fuerza y singularidad, y por eso (sobre todo si una autora se enuncia a sí misma como feminista) es necesario empezar a cuestionar y desaprender todo, incluso los propios privilegios, como los de esta joven blanca cuando cuenta que el día en que perdió la virginidad (aprovechando que sus papás no estaban y “la señora que se encargaba de la casa” había tomado unos días de

RELATOS		RESEÑAS
<p>vacaciones) la sábana le quedó torcida porque nunca antes había tendido una cama.</p> <p>Feminismos hay muchos, y esta reseña no trata sobre eso, por supuesto. Lo preocupante de este nuevo feminismo pop es que parece muy útil para conseguir seguidores en redes sociales, pero no para alcanzar los verdaderos objetivos que se ha trazado el feminismo desde diversos lugares de enunciación, incluyendo la literatura, como lo han mostrado con talento autoras como Margarita García Robayo en <i>Primera persona</i>, entre tantas otras que asumen aquello de “lo personal es político” también como parte de su quehacer literario. Habrá que esperar para saber si Ana María Cardona es realmente una rubia inmoral de la talla de María del Carmen Huerta en <i>¡Que viva la música!</i>, y asume las consecuencias de ello, o solo una influenciadora que encontró en la publicación de un libro el espejo perfecto para multiplicar su propio reflejo al infinito. Espero que sea lo primero, porque, de ser así, parece tener con qué lograrlo.</p> <p style="text-align: center;">Lina Rojas Camargo</p>		